

*Annali di Storia delle università italiane*, Bolonia, CLUEB, 10 (2006), 448 pp.

La vida de estos *Cuadernos* corre en paralelo a aquella otra de los *Annali di Storia delle Università italiane*. Así, si en 2007 desde el Instituto Antonio de Nebrija se celebra el décimo aniversario del inicio de publicación de esta revista, con la aparición de su número diez, la misma efeméride tuvo lugar el pasado año en el Centro Interuniversitario per la Storia delle università italiane. Para la ocasión, y cumpliendo con la estructura ya conocida por nosotros, se publicaron dos artículos en el apartado correspondiente a *Il punto*. Se trata de los trabajos de Gigliola di Renzo Villata y de Bruno Nascimbene y Cecilia Sanna ambos centrados en el análisis de la Universidad en su conjunto europeo. Entendiendo la Universidad como puente necesario para unir pueblos y crear las condiciones de unión en el plano cultural en toda Europa, como fue así en su origen, los autores entienden recuperada esta dimensión en el nuevo marco que ofrece el Espacio Europeo de Educación Superior, conocido por todos como proceso de Bolonia. De esta manera, ante este nuevo reto, se impone ahora fomentar los intercambios de programas de estudios con otros países, crear redes para mejorar las destrezas universitarias a nivel académico —y también profesional— y crear sistemas de reconocimiento de las titulaciones.

El apartado titulado *Studi* se consagra esta vez al estudio pormenorizado de la Universidad de Siena. El dossier es presentado por Giuseppe Catturi y Paolo Nardi y a continuación encontramos los trabajos de Luca Trapani centrado en el estudio de los docentes de Siena desde la fundación del Estudio general hasta la creación de la facultad de Teología, entre 1357 y 1408; el de Paolo Nardi, sobre el libro de administración de la *Opera del Duomo* como fuente inédita para el estudio de los lau-

reados de Siena en el siglo XV y el de Tiziana Ferreri, sobre el rector de la Casa de la Sapienza de Siena como gobernador y administrador general a finales del siglo XV. Con el texto de Sara Ferri, sobre la Universidad de Siena y la fisiocracia, entramos en el análisis de esta institución durante el siglo XVIII. En el mismo período se sitúa el trabajo de Giuliano Catón sobre el académico, reformista y primer superintendente de la Universidad de Siena, entre 1777 y 1795, Guido Sabino. Alessandro Leoncini estudia el palacio del rectorado de la Universidad de Siena entre 1815 y 2003; Martina Dei, centrada también en asuntos arquitectónicos, estudia la obra del arquitecto Agostino Fantastici en el aula magna histórica de la Universidad y Patrizia Agnorelli trabaja sobre el monumento de Guglielmo di Cilinao en el siglo XIX. Por su parte, Floriana Colao analiza las lecciones de Celso Marzucchi sobre instituciones civiles hasta su destitución por el gobierno, en el período que va de 1829 a 1832. En un bloque temático sobre la enseñanza de las ciencias en Siena hallamos los trabajos de Raffaella Franci, sobre la enseñanza de la matemática; de Francesca Vannozzi sobre la fisiología; de Angelo Scribano, sobre la física y de Mario Rigato, sobre experimentos y didáctica también en la física. Por último, el texto de Ricardo Mussari estudia la dimensión financiera de esta universidad a través de sus balances, y Angelo Riccaboni y Federico Barnabé, analizan la recepción de los cambios efectuados en esta Universidad, básicamente en el plano legislativo, a lo largo de los siglos.

En el apartado destinado a estudiar las fuentes, encontramos esta vez los textos de Pietro Silanos, sobre los periplos académicos entre Parma y Pavía como parte de la política universitaria; de Roberto Scoth sobre la enseñanza de la matemática y la física en la Universidad de Cagliari entre 1764 y 1848; de Maria Rosa Di Simone, sobre el proyecto de reforma universitaria en el Estado Pontificio por parte de Pío IX y de

Edoardo Rosay Alba Veggetti, sobre Floriano Brazzolla como académico al servicio de la sanidad pública.

Por último, y antes del espacio destinado a las reseñas, encontramos aquel otro previsto para informar sobre estudios centrados en archivos, bibliotecas y museos. Vemos allí los trabajos de Ilaria Bonini, sobre la historia, personal y ejemplares del herbario de la Universidad de Siena; de Paola Novaria, sobre los proyectos en curso a propósito del archivo de la Universidad de Turín; de Marina Zuccoli, sobre las cartas del fondo Horn d'Arturo, entre 1912 y 1939 y el de Paola Dessi, Daniela Negrini y Marina Zuccoli, sobre las revistas estudiantiles y la biblioteca digital de la Universidad de Bolonia.

*Carolina Rodríguez López*

Ken Bain, *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*, Valencia 2006, 229 pp.

El libro (que ha ganado el premio Virginia and Warren Stone concedido anualmente por Harvard University Press a una obra excepcional sobre educación y sociedad) escrito por Ken Bain (director del Center for Teaching Excellence de la New York University) descansa sobre dos ideas: primera, se puede aprender a ser un buen profesor; segunda, para ello, lo mejor es observar lo que hacen los mejores profesores. Pero, ¿quienes son los mejores? Para el autor, éstos no son los profesores más amenos o que agradan a sus estudiantes, sino los que consiguen resultados de aprendizaje extraordinarios. Dos aspectos los caracterizan: que sus alumnos quedan tremendamente satisfechos con la docencia y se sienten animados a continuar aprendiendo; que lo aprendido es verdaderamente valioso y sustantivo.

La investigación que sustenta este libro duró más de quince años, en los que fueron es-

tudiados unos setenta profesores de veinticinco universidades distintas. ¿A qué conclusiones se llegó?

Primera: sin excepción, los profesores extraordinarios conocen su materia extremadamente bien. Pero no son meros eruditos. Utilizan su conocimiento para ir al fondo de los asuntos, a los principios fundamentales y a los conceptos basales; son capaces de simplificar lo complejo de manera que motivan el aprendizaje. Tienen además una comprensión intuitiva del aprendizaje humano.

Segunda: dan gran importancia a su tarea docente, tanta como a su investigación. Al programar sus lecciones (seminarios, prácticas, tutorías), se plantean los objetivos del aprendizaje.

Tercera: son exigentes con sus alumnos, esperan mucho de ellos. Pero plantean objetivos ligados a las salidas profesionales de sus estudiantes y a la formación que estos necesitarán a lo largo de su vida, es decir, no se trata de proyectar dificultades arbitrarias.

Cuarta: en sus lecciones (seminarios, prácticas, tutorías) intentan crear un entorno para el aprendizaje crítico natural, en el que los estudiantes se enfrentan con su propia educación, trabajan en colaboración con otros, confían en la valoración de sus tareas.

Quinta: confían en sus alumnos, son francos y abiertos con ellos, y siempre son amables.

Sexta: evalúan el resultado de su tarea y saben rectificar cuando es necesario. Califican a los estudiantes según objetivos de aprendizaje básicos.

Lo dicho hasta aquí no significa que estos profesores sean perfectos, como todas las personas cometen fallos. Pero no culpan a los estudiantes de ellos. Además, cuentan con lo que hacen sus colegas, discuten con ellos sobre cómo mejorar el aprendizaje de los estudiantes, y nunca quedan plenamente satisfechos con lo ya conseguido.

*Manuel Martínez Neira*